



**Cartas secretas de la Revolución.
Simón Bolívar y Alexander Petion**

Es una publicación del Instituto de Revisionismo Histórico Latinoamericano Jorge Abelardo Ramos, Av. de Mayo 822, 4 piso. Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) Argentina.

Email: revisionismohistorico2020@gmail.com

Página web: jorgeabelardoramos.com

Revista digital: patriagrande.com

Ediciones: Las masas y las lanzas.

Editor responsable: Gabriel Sanchez

Diseño y producción: Pablo Sartirana

La siguiente correspondencia fue recopilada y archivada por el Ministerio de Cultura de Venezuela.

Cartas secretas
de la Revolución:
Simón Bolívar
Alexander Petion

Inédito

Aquí presentamos las cartas que el Libertador Simón Bolívar y el Presidente Alexander Petión intercambiaron durante las guerras de la independencia. En estos documentos queda demostrado palmariamente que la República de Haití fue el factor determinante para triunfo de los Libertadores ante el imperio español.

No estamos hablando de un proceso concluido, sino de un transcurrir histórico a un presente dinámico donde Haití continúa pagando su osadía revolucionaria.

El imperialismo por un lado y la indiferencia de los países hermanos de la América Latina han sumido a la República de Haití en la extrema pobreza. Haití es nuestra mala conciencia. Fue la colonia más rica y prospera del planeta, proveedora de alimentos a Europa y Estados Unidos de Norteamérica. Fue saqueada e invadida durante desde el Siglo XVII a la fecha. Luego de exprimir sus recursos naturales hasta las piedras fue abandonada hoy a su suerte. Se trata de un pueblo heroico en un país devastado por el imperialismo. La historia oficial la soslaya y no la pone en su contexto histórico.

El presidente Petión y la República de Haití brindaron armas, hombres, barcos, imprentas y toneladas de alimentos a la campaña de la independencia de Bolívar y San Martín. No solo una vez sino como veremos en varias oportunidades. ¿Que pidió Haití a cambio? Nada más ni nada menos que los patriotas decretaran la abolición de la esclavitud en América. No solo armas y pertrechos brindó Petión, sino la línea política y social de la emancipación.

Los revolucionarios haitianos habían constituido la primera República de la historia de la humani-

dad con los derechos plenos del hombre. Para ello debieron derrotar al ejército de Napoleón Bonaparte. Fueron un mal ejemplo y son un mal recuerdo para la hipócrita Francia de la “libertad, igualdad y fraternidad”.

Haití proclamó los derechos del hombre 160 años antes que los Estados Unidos, tras una lucha implacable dirigida por el talento de François Dominique Toussaint Louverture y continuado por Jean Jacques Dessalines, Henri Christophe y Alexander Petión.

América Latina no recuperará su dignidad hasta que no reúna en su seno a la Haití “madre de nuestra libertad” en una integración política y social. Dejamos paso al lector para que ingrese en la intimidad de Bolívar y Petión cuando dieron comienzo a esta extraordinaria aventura por la libertad y la unidad.

Víctor Ramos
Instituto de Revisionismo Histórico
Latinoamericano Jorge Abelardo Ramos

Kingston, Jamaica.
19 de diciembre de 1815.

Al Señor Presidente Petión,
Jefe Supremo de la República de Haití.

Señor Presidente: Hace mucho tiempo que ambiciono el honor de ponerme en comunicación con V. E. y de manifestarle los profundos sentimientos de estima y reconocimiento que me han inspirado sus distinguidas dotes y sus innumerables bondades hacia mis muy desdichados compatriotas; pero siempre he temido importunar a V. E. distrayendo su atención por un solo instante de los importantes cuidados que la ocupan. Las circunstancias, señor Presidente, me obligan, afortunadamente para mí, a dirigirme al asilo de todos los republicanos de esta parte del mundo: debo visitar el país que V. E. hace feliz con su sabiduría.

Para regresar a mi patria debo pasar por la de V. E.; y ya que la fortuna me ofrece la inapreciable ocasión de conocer y admirar de cerca a V. E. (si V. E. tiene a bien permitírmelo) iré a presentarme a V. E. en el momento mismo en que llegue a Los Cayos, donde algunos de mis amigos me aguardan para tratar conmigo los asuntos de la América del Sur. Tengo la esperanza, señor Presidente, de que nuestra afinidad de sentimientos en defensa de los derechos de nuestra patria común me granjeará por parte de V. E. los efectos de su inagotable benevolencia hacia todos aquellos que nunca recurrieron a ella en vano.

Tengo el honor de ser de V. E. con la mayor consideración, señor Presidente, su muy humilde y obediente servidor.

Los Cayos, Haití
21 de enero de 1816.

A S. E. el Señor Presidente de Haití.
Señor Presidente:

No alcanzo a expresar el profundo dolor que siento al distraer la atención de V. E. de los importantes asuntos que lo rodean para la salvación del pueblo haitiano; pero como V. E. es el padre de todos los verdaderos republicanos, me animo a solicitar su protección.

Yo suplico a V. E. se instruya de las circunstancias que nos afligen.

La intriga de un español, y la ambición de un francés, nos han reducido a temer la pérdida de toda esperanza de libertar a la América, si V. E. no nos sostiene en medio de tantos infortunios.

El señor Villeret tendrá el honor de presentarle mis muy humildes respetos y darle las más exactas informaciones, si la bondad de V. E. se digna oírle. Acepte, señor Presidente, los testimonios de mi admiración y de la alta consideración con que soy de V. E. muy humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

Los Cayos, San Luis,
29 de enero de 1816.

A S. E. el Señor Presidente de Haití.
Señor Presidente:

Mi reconocimiento no tiene límites, por el honor que V. E. acaba de hacerme, con la carta que se ha dignado escribirme, y las bondades de que me ha colmado. ¡En el fondo de mi corazón, digo que V. E. es el primero de los bienhechores de la tierra!

Un día la América proclamará a V. E. su libertador; sobre todo los que gimen todavía, incluso bajo el yugo republicano. ¡Acepte por anticipado, señor Presidente, el voto de mi patria!

Nuestro botánico Zea prepara para V. E. las semillas de flores y plantas, con una descripción de su cultivo; como esta no se ha puesto en limpio todavía, me privo del placer de remitírsela con el dragón que lleva esta carta a V. E., pero me apresuro a enviarle las botellas de específicos contra el reumatismo.

Si estuvieran llenas de los sentimientos de mi corazón, no le darían la salud, sino la inmortalidad que espera a V. E. Tengo el honor de ser con la más profunda veneración, Señor Presidente, de V. E. muy humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

Los Cayos
8 de febrero de 1816.

A Su Excelencia
el Señor Presidente de Haití

Señor Presidente:

Estoy agobiado bajo el peso de sus beneficios. El señor Villeret ha regresado, atendido de un modo inmejorable por V. E. En todo se muestra V. E. magnánimo e indulgente. Nuestros asuntos están casi arreglados; y sin duda dentro de unos quince días estaremos en condiciones de partir.

No aguardo sino sus últimos favores; y si me es posible, iré yo mismo a expresarle toda la extensión de mi gratitud. Por el señor Injinac, su digno Secretario, me atrevo aún a hacerle nuevas súplicas a V. E.

En mi proclama a los habitantes de Venezuela y en los decretos que debo expedir para la libertad de los esclavos, no sé si me será permitido expresar los sentimientos de mi corazón hacia V. E., y legar a la posteridad un monumento irrecusable de su filantropía. No sé, digo, si debería nombrar a V. E. como el autor de nuestra libertad. Yo suplico a V. E. que se sirva manifestarme su voluntad al respecto.

El Teniente Coronel Valdés le dirige una petición que me permito recomendar a la generosidad de V. E. Sírvase aceptar, Señor Presidente, los respetuosos homenajes de la alta consideración con la cual tengo la honra de ser de V. E., el muy humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

Puerto Príncipe
18 de febrero de 1826.

A su excelencia el general Bolívar

He recibido ayer, General, su estimable carta del 8 de este mes. Escribo al general Marión acerca del objeto de su solicitud y usted puede dirigirse a él sobre este asunto. Usted conoce, General, mis sentimientos a favor de lo que Ud. tiene empeño en defender y por Ud. personalmente.

Ud. debe estar penetrado de cuánto deseo ver salir del yugo de la esclavitud los que todavía padecen; pero, motivos que se relacionan con las reservas para con una nación que aún no se ha pronunciado de una manera ofensiva contra la República, me llevan a rogarle que no proclame nada en la extensión de la República y tampoco que mencione mi nombre en ninguno de sus actos. Cuento, a este respecto, con los sentimientos que le caracterizan a Ud.

He recibido la súplica del teniente coronel Juan Valdés y ya le di curso. El general Marión está encargado de entregarle el objeto de su petición. Hago votos por la felicidad de Vuestra Excelencia y ruégole creer en mi más alta consideración.

Alexander Petion

Los Cayos
4 de marzo de 1816.

A S.E. el Señor Presidente de Haití.

Señor Presidente: Envío al teniente coronel Chipia, mi edecán, quien tendrá el honor de entregar este despacho a V. E. Sírvase V. E. aceptar mi agradecimiento por todo lo que ha tenido la bondad de hacer para secundar mis proyectos, así como por las resoluciones de V. E. relativas a los pretendidos mexicanos, cuyas miras no eran otras que distraer los recursos aplicables a mi expedición para destruirla.

Me veo obligado a importunar una vez más a V. E. pidiéndole nuevos socorros; V. E. comprenderá de cuánta urgencia son para la ejecución de mis proyectos. Cuento con la generosidad y benevolencia de V. E. y espero que el interés que V. E. ha mostrado hacia mí sirva de excusa a mi importunidad. He aquí la nota de lo que necesito, que suplico considere V. E. con la mayor atención: 4.000 fusiles, sin contar los 3.000 para los cuales se han librado ya las órdenes; 100.000 cartuchos (por lo menos); 30.000 libras de pólvora; 30.000 libras de plomo.

Añadiendo este nuevo servicio a los que ya hemos recibido de la benevolencia de V. E., la expedición, que sin esto se retraería y tal vez sería irrealizable, se hará a la vela de inmediato. Dígnese V. E. continuar dispensándome su benevolencia, y a la causa de mi patria el interés que por ella siente. Llevando conmigo los votos de V. E. y colmado de sus favores, estoy seguro de vencer. La América, llena de reconocimiento, conservará eterna mente el recuerdo de V. E.

Acepte el homenaje de mi mayor consideración y crea en los sentimientos de estima con que tengo el honor de ser, Señor Presidente, de V. E. muy humilde y obediente servidor.

Ejército de la Unión Estado. Cuartel General de Carúpano
10 de junio de 1816.

A S.E. el Señor Presidente de Haití.

Señor Presidente: Tengo el honor de dar a V. E. los detalles de nuestras operaciones militares desde que salimos de Los Cayos. Durante la travesía apresamos varias embarcaciones es pañolas, y a nuestra llegada a Margarita las fuerzas marítimas enemigas que bloqueaban el Puerto del Norte 17 fueron asimismo apresadas por nosotros después de un violento combate que duró dos horas y en el cual perdimos algunos valientes; el comandante Brion fue herido en la refriega, pero ya está completamente restablecido.

Los españoles han abandonado sus posiciones en el interior de la isla y se han atrincherado en los montes que bordean el mar del lado de Pampatar. Hemos dejado a esta isla animada del mayor patriotismo, y defendida por fuerzas más que suficientes para destruir a los españoles que han quedado allí.

Hemos llevado a cabo nuestro desembarco en esta ciudad de la Costa Firme; los españoles que la ocupaban se dieron a la fuga después de una débil resistencia. Todos los criollos que estaban a su servicio se han alistado bajo la bandera nacional; al día siguiente de nuestra llegada, algunos buques cargados de mercancías europeas y de víveres de toda especie, cayeron en nuestro poder. Nuestras tropas ocupan la línea hasta Güirria; no podemos sino felicitarnos del carácter nacio-

nal que anima a los habitantes. He enviado al general Mariño a Güiría y al general Piar a Maturín a levantar fuerzas; ya hemos recibido algunos destacamentos, y espero que el resto será suficiente para adueñarnos dentro de poco de Cumaná y del país.

He mandado proclamar la libertad absoluta de todos los esclavos inmediatamente después de nuestra llegada. Tengo el honor de enviar a V. E. adjuntas las proclamas que he dado desde nuestra llegada, tanto en Margarita como en esta ciudad.

Permítame, Señor Presidente, que le exprese todo mi reconocimiento por el interés que manifiesta V. E. hacia nuestro país y por las innumerables bondades con que nos ha favorecido, y cuyo recuerdo nunca olvidaremos. Tengo el honor de ser, con la mayor consideración, Señor Presidente, de V. E. muy humilde y muy adicto servidor

Simón Bolívar

Cuartel General de Carúpano
27 de junio de 1826.

A S. E. el señor Presidente
de la República de Haití.

Señor Presidente: Algunos días después de mi llegada a estas costas, tuve el honor de informar a V. E. de nuestros sucesos favorables. Permítame que me apresure hoy a anunciarle la llegada de un numeroso destacamento de patriotas procedentes de Güiria y sus inmediaciones, cuyo valor y patriotismo me aseguran la muy próxima ocupación de toda la provincia de Cumaná. Los llaneros son completamente adictos a nuestra causa; espero recibir algunos destacamentos de ellos, dentro de pocos días.

Lamento, Señor Presidente, que nuestros recursos no nos pongan en aptitud de cumplir en este momento los compromisos que hemos contraído con nuestros bienhechores; mas las noticias que acabamos de recibir del interior me dan esperanzas de que podremos satisfacerlos muy pronto.

Sírvase recibir de nuevo, Señor Presidente, la expresión de mi eterna gratitud por las bondades con que V. E. me ha colmado, y aceptar el homenaje de mi mayor consideración, con que tengo el honor de ser, Señor Presidente, de V. E. muy humilde y obediente servidor,

Simón Bolívar

A bordo del bergantín *Indio Libre* en Jacmel
4 de septiembre de 1816 .

A S. E. el Presidente de Haití.

Señor Presidente: Tengo el honor de anunciar a V. E. mi llegada aquí, después de haber hecho cuanto dependía de mí para dar la libertad a los habitantes de la Costa Firme; pero, desgraciadamente, una cadena de circunstancias casi inexplicables me ha reducido a la situación de regresar al asilo de los hombres libres, y colocarme bajo la protección del más magnánimo de los jefes republicanos del Nuevo Mundo.

Confiado en la elevación del carácter de V. E., me he atrevido a presentarme por segunda vez en Haití. Si V. E. estuviera dotado de un espíritu menos sublime, yo temería verme abrumado de reproches, y tal vez más aún: porque el mundo no juzga los sucesos y los hombres sino por el resultado, sin indagar las verdaderas causas que han producido el bien o el mal.

No abusaré de la indulgencia de V. E. haciéndole una larga relación; pero me veo obligado a informar a V. E. acerca de algunos episodios de nuestra expedición, a fin de borrar las falsas impresiones con que se hubiera podido predisponer el ánimo de V. E. respecto a mi conducta.

A llegar a Margarita, efectué un reconocimiento de las posiciones enemigas, que se hallaban entonces, como lo están hoy todavía, casi tan bien guarnecidas, por el número de sus tropas, como las posiciones de los republicanos. Era imposible echar a los españoles de la isla, porque aunque nuestras fuerzas eran iguales a las suyas, ellos tenían a su favor fortificaciones inexpugnables. Por consiguien-

te, partimos para el continente y llegamos a Carúpano con 150 oficiales, la administración civil, algunos servidores y muy pocos voluntarios. El total montaba a 300 hombres.

Carúpano es un pueblo de la provincia de Cumaná que hubiera podido suministrarme 500 hombres; sin embargo, no pude llegar a reunir 200 porque la tiranía española ha aniquilado cuanto de patriota había en Venezuela; y no ha dejado la existencia sino a seres absolutamente egoístas o partidarios decididos de la causa del rey.

Nuestra situación en Carúpano al fin se hizo crítica. Mi columna alcanzaba solo a 600 hombres, incluyendo un refuerzo enviado por el general Mariño desde Güiría; nuestros enemigos habían concentrado contra nosotros todas sus fuerzas de Cumaná; estas eran mucho más aguerridas, y su número doblaba por lo menos el de las que yo tenía.

A nuestro almirante lo apuraban constantemente los corsarios, que querían dejarnos en esta costa (los enemigos tenían ya una escuadrilla de doce velas). Le propongo al almirante salir a batirlos para dejar la mar libre, puesto que él tenía la intención de partir. Me hizo observar que no podía hacerlo, por no tener gente suficiente a bordo de sus buques, por lo cual me resolví a embarcarme con mis soldados para asegurar mejor el éxito de ese combate naval.

Al efecto, hice embarcar mis tropas; y además los Mariños recibieron a bordo quinientas mujeres que temían ser degolladas por los realistas. Este incidente dio un pretexto a los señores capitanes de los corsarios para decir que no podían batirse con mujeres a bordo; cuando eran ellos mismos quienes las habían embarcado.

Nos hallábamos en alta mar. Los enemigos habían tomado posesión de Carúpano. No podíamos atacar a Cumaná con 600 hombres que componían toda mi fuerza. Era, pues, necesario tomar una decisión.

Le propuse al señor Brion que nos llevara a Guayana y rehusó, alegando que ni siquiera tenía suficientes víveres para llegar a Güiría. Volver sobre nuestros pasos significaba perder la poca gente que yo tenía, por la falta de víveres y la grandísima deserción que se había introducido en mis tropas.

Hemos sacado todo el partido posible de la costa oriental de Cumaná. Por consiguiente, yo tenía que partir, para ir a una región que nos fuese más favorable, tanto por el espíritu patriótico como por los medios de subsistencia. Escogí como punto de desembarco el pueblo de la costa de Ocumare.

Este lugar está situado entre las plazas de Puerto Cabello y La Guaira; pero su posesión me ponía en condiciones de introducir me en el corazón de la capital de Caracas, que es sin duda alguna la región más adicta al sistema republicano.

Nuestras tropas se apoderaron de esta famosa posición militar, a la cual me referí cuando tuve el honor de conversar con V. E.; el coronel Soublotte, comandante de las tropas que ocuparon La Cabrera y Maracay, recibió la orden de fortificarse y de reunir cuantos hombres le fuera posible para aumentar nuestra expedición.

Por desgracia, una carta interceptada por dicho coronel decía: “que el general Morales acababa de llegar a los alrededores de Valencia a la cabeza de siete mil hombres”. El hecho es que este general había llegado, pero solo con 500 hombres, que el coronel Soublotte hubiera batido fácilmente. El creyó esta fal-

sa noticia, abandonó las inexpugnables posiciones que ocupaba, y se retiró hacia Ocumare, donde estaba mi cuartel general.

Al tomar Soublette La Cabrera, había batido un escuadrón de húsares de Fernando VII; los restos de este escuadrón se replegaron hacia el cuerpo del general Morales, quien atacó al coronel Soublette en su retirada; Morales fue rechazado, y el coronel continuó su marcha hasta la cumbre de la montaña, donde tomó posiciones a fin de asegurar sus comunicaciones conmigo.

Esta retirada es la causa de nuestras desgracias; porque nos privó del único territorio que hubiera podido proporcionarnos hombres para formar un buen ejército.

Al almirante Brion le faltaban víveres para su escuadrilla; esta causa, unida al descontento de los Mariños deseosos de salir al corso, le dictaba la decisión de separarse de mí; sin embargo, le supliqué con insistencia que permaneciera ocho días en el puerto, tanto para la seguridad de mis armas y municiones, como para efectuar nuestra retirada en caso de desgracia.

Le aseguré, además, que si él aguardaba, dentro de ocho días yo tomaría Caracas. Él tenía muy buenas razones para irse, puesto que carecía de víveres.

Así, pues, su escuadrilla se dio a la vela, dejándome el parque en la playa. Este depósito era demasiado valioso para nuestra empresa, para que lo dejara sin una fuerte custodia. Yo no la tenía. La formé con los habitantes de la región.

En cuanto supe los movimientos retrógrados de mis tropas, me puse en marcha conduciendo conmigo los reclutas que había reunido, pero estos no llegaron a tiempo para encontrarse en el ataque que los españoles nos hicieron

al día siguiente de mi llegada al campo de batalla. Nuestras posiciones eran excelentes, pero el enemigo era más numeroso y aguerrido que nuestras tropas, las cuales apenas sabían manejar el fusil; la victoria se decidió por los españoles, que se condujeron en esta acción con la mayor audacia. Nos vimos obligados a replegarnos sobre Ocumare, reducida nuestra columna por las pérdidas a 300 hombres.

Ordené marchar hacia Choróní, otro lugar de la costa, en donde habíamos reunido doscientos hombres, ex-esclavos a los que acabábamos de dar la libertad. Como no tenía caballos para transportar nuestras armas y municiones, recurrí al bergantín Indio Libre, que habíamos apresado en Carúpano, y a otras dos goletas mercantes que se encontraban en el puerto.

Por estar armado el bergantín, ordené al mayor general de marina Villeret embarcarlo todo; pero él me hizo observar que no tenía ninguna confianza en el capitán, porque había tenido altercados muy desagradables con el almirante Brion, de quien era enemigo personal y quería quitarle el bergantín; me propuso ponerlo todo en los buques mercantes, más bien que a bordo del Indio Libre, cuyo capitán hubiera podido apoderarse de todas nuestras armas y municiones.

Dejé hacer a Villeret, en quien teníamos entera confianza, y al cual el señor Brion había dejado el mando de la marina durante su ausencia.

Llega la noche del día de nuestra derrota, y Villeret se embarca, después de haber puesto a bordo de los buques mercantes la mayor parte de nuestros efectos, y dejando en tierra, antes que embarcarlos en el bergantín, más de mil fusiles y una parte de nuestra pólvora.

Yo lo hice llamar: él me contesta que no puede venir, porque quieren dejarlo en tierra, que además no puede fiarse en nada del capitán; e inmediatamente se dio a la vela.

Me encuentro en una situación desesperada, rodeado de enemigos por todas partes, sin poder conservar siquiera el puerto de Ocumare, porque no tiene defensa, y nuestras fuerzas estaban casi aniquiladas por la desertión y por las pérdidas sufridas en el combate; además, según las apariencias, me hubiese quedado sin armas ni municiones, y en consecuencia me habría visto obligado a convertirme en un simple guerrillero, a la cabeza de los pocos soldados que me hubieran permanecido fieles, en medio de tantos enemigos. Esta situación no me convenía.

Viendo que Villeret estaba decididamente resuelto a no venir, me embarqué yo también, con el objeto de impedir, si fuera posible, que se nos escaparan nuestros recursos militares. Nos quedamos toda la noche ante el puerto. Muy temprano en la mañana, nuestro capitán ordenó a los dos transportes que lo siguiesen hacia la costa de Choróní, a donde debíamos dirigirnos.

Los transportes fingieron seguirnos, y toman la ruta de Bonaire. Les dimos caza, les disparamos algunos cañonazos para obligarlos a seguirnos. Fue en vano: estaban decididos a irse, y a pagarse ellos mismos una cantidad que el Gobierno les debía, por unos víveres que habíamos comprado. Como se les había ofrecido la cuarta parte de los objetos que salvarsen, querían apoderarse de todo.

La noche se acercaba; juzgué prudente no exasprar a los transportes por temor de que en la obscuridad nos abandonaran del todo.

Llegamos a Bonaire, donde tuvimos infinitas dificultades, aun después de haber llegado Brion con su escuadrilla, para recuperar nuestras armas y municiones. Brion las tomó y las guardó a bordo de sus buques. Yo regresé a Choróní para ponerme a la cabeza de nuestras tropas. La costa estaba ya en poder del enemigo. Nuestros soldados se habían internado en el país, con el proyecto de reunirse al general Piar en los llanos. Regresé a Bonaire y me embarqué en el bergantín, cuyo capitán es el hombre más honrado del mundo y ciertamente merece más mi confianza que quienes dudaban de su fidelidad.

Me embarqué, digo, para ir a Margarita, pero habiendo sabido que la flota española bloqueaba la isla, determinamos hacer rumbo a Güiría, donde manda el general Mariño un pequeño cuerpo de 300 hombres. Llego, y soy recibido con alegría. El general Mariño me asegura que las tropas están dispuestas a marchar a la conquista de Guayana conjuntamente con el general Piar. Todo estaba preparado para ejecutar esta empresa. Sin embargo, el general Bermúdez, mi antiguo enemigo, intriga con los habitantes de Güiría, para que no salgan de su región. Les hace creer que voy a sacrificarlos a mi ambición.

A pesar de todos los esfuerzos del general Mariño, de sus oficiales, y en fin, a pesar de todas mis exhortaciones, rehúsan marchar, dando por pretexto que no pueden abandonar a sus mujeres e hijos a merced del enemigo. Elimino este obstáculo facilitándoles transportes para sus mujeres e hijos, pero todo es inútil, porque no querían exponerse a las privaciones y a los peligros.

El general Piar tiene bajo su mando en los llanos de Maturín a dos o tres mil hombres, que piden armas y municiones. Al general Sedeño, que está por la parte de Guayana, le fal-

tan esos mismos objetos. El general Valdés, que manda 5.000 hombres de la Nueva Granada en la provincia de Barinas, pide los mismos recursos. Como yo no tenía sino muy poca pólvora y muy pocos cartuchos, he salido de Güiria para venir cerca de V. E. a solicitar nuevos favores para mi Patria. Todos los generales que tienen mando en Venezuela han reconocido mi autoridad y me obedecen ciegamente. El general Mariño es el mejor de mis amigos. El general Arismendi no tiene otra voluntad que la mía. La adhesión del general Piar hacia mí no tiene límites. Tengo entera confianza en el general Mac Gregor.

Los jefes que mandan las guerrillas han reconocido solemnemente mi autoridad suprema. No queda sino el general Bermúdez, quien tratará de sembrar la discordia entre nosotros; pero como es el enemigo de todos, lograrán impedir sin dificultad que pueda causar daño alguno.

Declaro a V. E., Señor Presidente, y bajo mi palabra de honor, que yo he hecho el mejor uso posible de la ayuda con que me favoreció para mis conciudadanos, y sobre todo en favor de aquella desgraciada porción que gemía en las cadenas. La libertad general de los esclavos fue proclamada sin la menor restricción, y en todas partes donde han penetrado nuestras armas, el yugo ha sido roto, la naturaleza y la humanidad han recobrado sus derechos.

Aun cuando nuestra expedición no hubiera producido más que esta obra eminentemente benéfica, merecería los elogios más justos, y los sacrificios que le hemos consagrado no estarían del todo perdidos. Hemos dado un grande ejemplo a la América del Sur. Este ejemplo será seguido por todos los pueblos que combaten por la independencia.

Haití ya no permanecerá aislado entre sus hermanos. Se encontrarán la liberalidad y los principios de Haití en todas las

regiones del Nuevo Mundo. En el estado en que me hallo ¿podré aspirar a la protección de V. E.? ¡Sí, Señor Presidente! Confío en que V. E. no me abandonará al destino que me abrumba. V. E. es suficientemente magnánimo para continuar sus generosidades hacia mi Patria. Si ella no puede obtener más nada de V. E., al menos me atrevo a confiar en que V. E. me facilitará los medios que estén a su alcance para que pueda trasladarme a los Estados Unidos de América, o a Londres, o a México, o a Buenos Aires, para solicitar alguna protección con el objeto de libertar a Venezuela y a la Nueva Granada.

Abuso sin duda de las bondades con que V. E. se ha dignado honrarme. Pero si V. E. conociese mi situación, no encontraría extraña mi importunidad. Me fuerza a ella un imperio invencible: el de la necesidad. Aguardo aquí la respuesta de V. E. como el postrer decreto de mi existencia política. Tengo el honor de rogarle, Señor Presidente, que acepte los sentimientos respetuosos con que soy de V. E. muy humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

P. D. Tengo el honor de avisarle, Señor Presidente, que he dado a V. E. exacta cuenta de mi conducta y de los acontecimientos de nuestra expedición en todas las circunstancias; ignoro si esas cartas han llegado a manos de V. E. porque no he recibido respuesta alguna

Puerto Príncipe
7 de septiembre de 1816.

Alejandro Petión, Presidente de Haití
A S. E. el General Bolívar.

General: He recibido la carta que V. E. me hecho el honor de escribir me con fecha 4 de este mes y con más sentimiento de que puedo explicar, he leído los detalles que contiene sobre los tristes y deplorables acontecimientos que han obligado a V. E. a abandonar la Costa Firme.

Así, en las grandes como en las pequeñas empresas, una fatalidad inexplicable se une regularmente a las más sabias combinaciones de donde proceden reveses imprevistos que burlan toda precaución y destruyen los planes mejor combinados. V. E. acaba de experimentar esta dura y triste verdad. Pero, si la fortuna inconstante ha burlado por segunda vez las esperanzas de V. E., en la tercera puede serle favorable: yo a lo menos tengo este presentimiento, y si yo puedo en algún modo disminuir la pena y sentimiento de V. E., puede desde luego contar con cuanto consuelo que de mí dependa.

En consecuencia, ruego a V. E. venga a este puerto donde tendremos algunas conferencias particulares. Ruego a V. E. reciba la seguridad de mi alta consideración.

Alexander Petion

Puerto Príncipe
9 de octubre 1816.

A S. E. el General Alejandro Petión
Presidente de Haití.

Señor Presidente: ¡La pluma es un fiel instrumento para transmitir con libertad los sentimientos sinceros que me inspira la admiración! Si la lisonja es un veneno mortal para las almas bajas, los elogios debidos al mérito alimentan las almas sublimes. Yo me tomo la libertad de escribir a V. E. porque no me atrevo a decirle todo lo que siento por V. E. La ausencia me anima a manifestar el fondo de mi corazón.

Es muy dulce, sin duda alguna, llenar los deberes del reconocimiento; pero no es un deber el que me dicta los homenajes respetuosos que quiero cumplir. Veinticinco años de sacrificios, de gloria y de virtudes han proporcionado a V. E. el sufragio unánime de sus conciudadanos, de todos los extranjeros ilustres y los de la posteridad que le espera.

No es por cierto el poder lo que constituye el más glorioso atributo de la autoridad que un pueblo libre ha confiado a V. E., ni la que constituye el mérito real de V. E.

Es un poder superior a todos los imperios: es el de la caridad. V. E. es el único depositario de ese tesoro sagrado. El Presidente de Haití es el solo que gobierna para el pueblo, solo él manda a sus semejantes. El resto de los potentados satisfechos de ser obedecidos menosprecian el amor, que hace la gloria de V. E. V. E. acaba de ser elevado a la dignidad perpetua de Jefe de la República por la

aclamación libre de sus conciudadanos, única fuente legítima de todo poder humano. Está, pues, destinado V.E De acuerdo con la nueva Constitución Haitiana proclamada el 2 de junio de aquel año, a hacer olvidar la memoria del gran Washington, franqueándose una carrera la más ilustre, cuyos obstáculos son superiores a todos los medios.

El héroe del Norte solo encontró soldados enemigos que vencer y su mayor triunfo fue el de su ambición. V. E. tiene que vencerlo todo, enemigos y amigos, extranjeros y nacionales, los padres de la Patria y hasta las virtudes de sus hermanos. El cumplimiento de este deber no será muy difícil para V. E., porque V. E. es superior a su país y a su época. Ruego a V. E. acepte, con la indulgencia con que siempre me ha tratado, la expresión sincera de una ilimitada admiración por las virtudes de V. E., de respeto por sus talentos y de agradecimiento por sus favores. Soy de V. E. muy humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

Puerto Príncipe
12 de octubre de 1816.

Alejandro Petión, Presidente de Haití
A S. E. el General Bolívar.

Señor General: He recibido la carta que V. E. me hace el honor de escribirme, felicitándome por mi nuevo nombramiento, a cuya atención quedo muy reconocido; manifestándole que mi mayor deseo es el de consolidar la felicidad del pueblo que tengo el honor de mandar y que me esforzaré por corresponder al concepto que le merezco, y por hacerme acreedor a los votos de todos los hombres de bien.

Ruego a V. E. reciba la seguridad de la más perfecta consideración, con la que ruego el honor de saludar a V. E.

Alexander Petion

Cuartel General de Angostura
14 de agosto de 1818.

Al señor Presidente de la República de Haití
Juan Pedro Boyer.

Señor Presidente: He sabido con el mayor sentimiento la muerte del Presidente Petión: su patriotismo, su generosidad y las demás virtudes que lo caracterizaban, han excitado mi veneración y la de todos mis compatriotas; esa veneración será tan inmortal como el nombre de Petión. La amistad y el desinterés con que el pueblo y las autoridades de la República de Haití le dieron hospitalidad a los emigrados de Tierra Firme, nos llenaron del más vivo reconocimiento; y yo particularmente hice votos por su prosperidad y por la conservación de la vida del digno jefe que lo gobernaba.

Esta catástrofe, burlando mis fervientes deseos, arrebató a Haití uno de sus más bravos defensores y le priva de uno de sus más dignos ciudadanos. Sin embargo, en medio de tantas desgracias, los haitianos deben sentirse felices de la nueva elección que acaban de hacer llamando a V. E. a la Primera Magistratura de la República, y le ruego que me permita, Señor Presidente, presentar a V. E. mis más sinceras felicitaciones.

Tengo el honor de dar a V. E. algunos datos acerca de los asuntos de Venezuela. Sin duda alguna la última campaña hubiera puesto fin al dominio de los españoles, si algunas circunstancias desgraciadas, como la falta de municiones, no me hubiesen obligado a retirarme hasta que esté en aptitud de dar un golpe seguro.

Este momento no está lejos. Hemos recibido de Inglaterra gran cantidad de armas de todas clases, y esperamos aún más, según las noticias que he recibido de Londres. El general Mac Gregor debe llegar en breve con 2.000 hombres de tropa y algunos buques de guerra de primer orden que han sido comprados en Inglaterra por cuenta del Estado. Y la España se encuentra en un estado muy crítico, y la guerra entre ella y los Estados Unidos de América es inevitable; creo que el Gobierno americano será el primero en reconocer la independencia de Venezuela.

Espero, incluso, que nos proporcione algunos recursos, pues acabamos de recibir al señor Irvine, agente de aquel Gobierno, quien reside en esta capital. Me complacería mucho esta alianza, puesto que sería ventajosa para los dos países, y porque es indispensable que los gobiernos americanos libres se reúnan con el fin de consolidar su independencia y estar así en aptitud de rechazar los esfuerzos de la tiranía.

Tenemos noticias positivas de haber sido tomadas Quito y Lima por los ejércitos de Buenos Aires, y acabo de enviar armas y municiones a los patriotas de la Nueva Granada para terminar la pacificación de esas provincias. Todos los llanos de Caracas están en nuestro poder; tenemos divisiones en todos los puntos esenciales y el ejército principal se hallará en condiciones de luchar y destruir los últimos esfuerzos del despotismo español.

Lo que prueba la debilidad de nuestros enemigos es que abandonan todo el interior para concentrarse en Puerto Cabello y estar en posición de evacuar el país en caso de derrota. En fin, Señor Presidente, considerando el estado de las cosas

desde el punto de vista más imparcial, la República jamás se ha encontrado en posición tan ventajosa, y creo poder asegurar que el fin de este año verá el término de la guerra en Venezuela.

Deseo ardientemente que Venezuela sea libre, con el fin de poder establecer relaciones más frecuentes con los valientes haitianos, y poder manifestar les los sentimientos fraternales y amistosos de los venezolanos hacia ellos, y los míos en particular; le ruego, Señor Presidente, reciba la seguridad de mi más distinguida consideración, con que tengo el honor de ser de V. E. humilde y obediente servidor.

Simón Bolívar

